

por el ejército español como por el francés, no solo supusieron la destrucción física de Oiartzun. La guerra puso de manifiesto las tensiones latentes en el valle entre ricos y pobres, de tal modo que las familias más desfavorecidas contribuyeron al saqueo y destrucción de los caseríos de los poderosos durante el desorden de la guerra. Con ellos ardió todo un mundo que ya no podría volver a reconstruirse a pesar de que la emigración a América no disminuyera en las décadas siguientes.

Este es un libro interesante, conciso y agudo en el que no sobra ni una coma. El autor desvela mucha de las claves para entender no sólo el fenómeno de la emigración durante la edad moderna sino además extraer conclusiones más generales sobre las redes que sustentaban el funcionamiento del imperio hispano y las transformaciones sociales que implicó. El tratamiento del tema enlaza perfectamente los dos niveles “micro” y “macro” de una investigación basada en documentación recopilada a ambos lados del Atlántico, algo bastante infrecuente en la historiografía hispana. Pero si no sobra nada podría argüirse entonces que falta algo, tal como podría esperarse por otra parte de un volumen que no llega a las 200 páginas. En primer lugar el autor tiene siempre en cuenta las repercusiones económicas pero de hecho no entra a discutir nada en este campo que solo utiliza como marco de referencia en el que situar lo que verdaderamente le interesa: el cambio en la jerarquía social y las relaciones de poder en el valle. Sin embargo, tampoco termina de definir las bases y los símbolos de ese poder comunitario tradicional (más allá de que esté en manos de los ferrones) contrapuesto a los nuevos valores y símbolos de los indianos. Únicamente en el capítulo final dedicado a la fundación de obras pías, el patronato artístico y la introducción de nuevas devociones se esbozan algunos de estos aspectos pero el cuadro no termina de quedar completo y bien definido. En otro orden de cosas se echa en falta una mayor contextualización del valle de Oiartzun en el asunto de la emigración con respecto al resto de comunidades guipuzcoanas, tanto interiores como costeras, que el autor solo apunta someramente. En cualquier caso ninguna de estas críticas va en detrimento de los méritos de este libro que en sí mismo resulta de gran interés.

Juan Javier Pescador después de completar sus estudios de postgrado en el Colegio de México se doctoró en la University of Michigan, obteniendo el Premio a la mejor Tesis concedido por la Society for Spanish and Portuguese Historical Studies. Actualmente sus investigaciones se centran en la historia social del fútbol, la identidad y cultura de los emigrantes mejicanos en EEUU y la religiosidad popular fronteriza.

Fernando Chavarría Múgica
European University Institute, Florencia

Andrés-Gallego, José, *El motín de Esquilache, América y Europa*, Fundación Mapfre Tavera y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003, 799 páginas. ISBN: 84-00-08133-1.

[MyC, 7, 2004, 325-395]

Estamos ante un libro insólito al que su autor ha dedicado 19 años de trabajo intenso y continuado, para el que ha consultado más de un centenar de archivos en España, Hispanoamérica e Italia, fundamentalmente, y cuyo resultado son 665 páginas de apretado texto, más apéndices e índices. Trata sobre un tema que, *a priori*, podía parecer si no acabado, al menos suficientemente dilucidado. Como el propio autor pensaba, cuando comenzó, con una idea algo diferente, parecía que no se podía decir más; sin embargo, la masa de información consultada y recogida permite hacerse una idea del motín mucho más compleja de lo que las explicaciones anteriores venían proponiendo.

Vaya por delante el reconocimiento a un gran esfuerzo y a los logros obtenidos, que son muchos. Es muy de destacar la erudición precisa y el conocimiento exhaustivo de los problemas, así como el nivel de especialista de que hace gala el autor en cada uno de los ámbitos tratados. Si el conocimiento de un acontecimiento histórico se mide por el grado de integración de las informaciones relevantes, en este caso estamos ante un conocimiento altamente integrado en el que las circunstancias que llevan al motín se pueden ver enfocadas desde una multiplicidad de variables, todas ellas de enorme trascendencia potencial. Se nos ofrece, por lo tanto, una base explicativa de extraordinaria riqueza.

A partir de una hipótesis de trabajo sobre la actitud de los hispanos ante el poder en la década 1760-1770, hipótesis de la que han salido otros muy interesantes trabajos del autor (como por ejemplo el titulado "La protesta social y la mentalidad" en la España del siglo XVIII, publicado en la *Historia General de España y América*, de Rialp), se fue tejiendo toda una investigación casi policial en el sentido de ir siguiendo la pista (la expresión es del autor y ejemplifica su método en este caso) a todos los factores que van mostrando su posible influencia en el posterior conflicto. Cabe precisar que todas esas pistas fueron ya señaladas por diferentes embajadores e informadores directos de los sucesos madrileños de marzo de 1766, y muchas de ellas seguidas también por la historiografía posterior, hasta un determinado punto. Sin desdeñar ésta, el autor enlaza con aquéllos para seguir los indicios a los que en su momento se dio importancia y tratar de valorar su naturaleza, sus orígenes y su posible incidencia posterior.

El autor va desgranando esos caminos según un orden que no parece tener una lógica precisa, ni el autor indica expresamente que la tenga, aunque eso no importa mucho. En todo caso, cabría decir que de lo más material y aparentemente inmediato (el pan y sus carestías, las reformas de las costumbres en Madrid), se pasa a ámbitos institucionales más amplios y de causalidad a plazo más largo (la Iglesia, el fisco, la situación internacional), para centrarse luego en personas (la aristocracia, pero con nombres

concretos, Campomanes) y derivar luego hacia dos de los grandes focos de interés, Francia y desde luego, los jesuitas. Nueve ámbitos desde los que calibrar una real y creciente oposición al ministro Esquilache. Como se dice en un determinado momento: "¿Se entiende ya que todo y todos conspiraran contra el Secretario de Hacienda y Guerra?" (p. 429).

El conjunto de ámbitos de causalidad sugiere inmediatamente la idea de que son muchos los factores que convergen cuando se produce un acontecimiento del calibre del motín contra Esquilache, y además que el plazo de tiempo en el que un factor está operando puede ser muy variado, aunque sólo en un momento dado tal factor pueda alcanzar el calibre de causa inmediata, o de concausa, más bien. Que no se trata sólo de cuestiones puntuales, por importantes y reales que puedan ser, sino que la profundidad histórica del hecho requiere un ambiente más denso y cargado, un malestar generalizado que justificaría, a ojos de todos, al menos una revuelta. Esto facilitaría la aparentemente fácil organización, la suavidad del discurrir del motín y la tranquilidad posterior una vez garantizada la supresión del primer motivo de intranquilidad, el propio ministro extranjero. Todo esto no quiere decir que los vencedores en la refriega fueran sólo unos y no necesariamente todos los que desearon el movimiento, o al menos lo saludaron con alegría (y no digo participaron u organizaron, porque ni me atrevo, ni tampoco Andrés-Gallego lo dice).

Desde la perspectiva amplia y profunda en la que se mueve el autor, lo que toma fuerza, de una manera aún más evidente, es que el motín contra Esquilache es un punto de encuentro, una auténtica encrucijada de la historia de España. Ciertamente se puede hablar en términos simplistas de conservadores y reformadores, el estereotipo vale en principio. En este sentido 1766 sería la segunda etapa, por el momento definitiva, de lo ocurrido en los años del gobierno de Ensenada y del auténtico golpe que supuso la expulsión de éste del gobierno en 1754. Cuando todo parecía discurrir con tranquilidad, el nuevo rey y su ministro irrumpen con fuerza no esperada. Pero el estereotipo conservador/reformador es demasiado simple dada la mezcla de intereses que estaban en juego: en 1766 y en su repercusión de 1767, muchos conservadores ganaron y muchos reformadores perdieron. Lo que se ve en este libro con claridad es que cada ámbito de la vida se constituía por intereses muy variados donde la imagen conservador/reformador, forjada desde una época posterior, es lo menos importante. Las reformas no tendrían para los hombres de la época un sentido tanto de progreso, como de simple pragmatismo y la opción por una modalidad u otra dependía no sólo del modo de ver las cosas, sino de las afiliaciones personales. Cuando se entrecruzan unas y otras, las combinaciones pueden ser múltiples y cambiantes. Probablemente, en este mundo de intereses políticos los únicos que funcionaron con principios

firmes, si bien diferentes, fueron Esquilache y los jesuitas, es decir, las víctimas. Quizás habría que añadir al rey entre los creyentes en principios, pero el rey todavía era intocable.

Dicho de otra manera, el motín es la revuelta de todos contra una política que perjudica a todos. Esa política tenía una historia larga en muchos casos, porque la lucha de intereses venía siendo clara ya antes de que se instaurase la nueva dinastía. Pero es que la política de Esquilache, ministro cada vez más poderoso en los años en que gobernó, fue agudizando el sentimiento de víctima de muchos de los actores del escenario político, y probablemente fue añadiendo nuevos resquemores. Así pues, y éste es uno más de los logros del libro que comentamos, un estudio del motín de 1766 supone un estudio completo de la política de Esquilache. En efecto, buena parte del contenido de este libro podía haberse titulado así, "la política de Esquilache", título, por cierto, inexistente en el mercado. A propósito del motín, pues, se nos ofrece una síntesis general y a la vez detallada, de la política del ministro italiano. De ella se deduce un afán reformador en muchos campos y un espíritu de controlador general absoluto, todo ello al servicio del rey cuya autoridad debería ser siempre la suprema. Esquilache es pragmatismo y razón de estado casi químicamente puros.

No es que otros no lo fueran, pero quizás sus intereses o sus métodos no necesariamente coincidían con los del italiano. Lo que parece evidente es que Carlos III ya había ensayado en Nápoles una amplia política de reformas de la mano de Tanuci y del propio Esquilache y estaba dispuesto a seguir haciéndolo en su nuevo reino español. Probablemente muchos de los que ya estaban en España vieron una oportunidad con este rey dispuesto a cambiar cosas, pero ciertamente no lo vieron igual que lo iba viendo Esquilache. Poco a poco, éste parecía ser el único poderoso realmente beneficiado del cambio de situación, además de su gestor. Por eso sus reformas, aplaudidas al principio por sus posibles compañeros de ideales reformistas, acabaron generándole la enemiga de todos en medio de una situación política que, cuando llegó la ocasión, resultó mucho más confusa de lo que parecía antes.

Notable acierto del libro es la atención a todos los ámbitos de la acción política del nuevo gobierno, ámbitos en los que se incluye tanto la América española, como la situación internacional. La primera parece jugar un papel mucho más importante probablemente de lo que hasta ahora se había supuesto, no sólo por lo que allí ocurría, sino por las repercusiones, aunque fuera a veces en el imaginario, que tuvieron en la España peninsular. América entra de lleno en el problema desde muchos puntos de vista (comercio, funcionarios, jesuitas...). Pero también entra Europa, un elemento en el que quizás tampoco se había pensado demasiado. No ya la Europa afín, como puede ser el mismo Nápoles, u otros territorios italianos con gobierno

borbónico, sino otros países y singularmente Francia. En concreto este estudio realza la influencia del país vecino en todo el conflicto.

Si un tema central de todo el libro es la política de Esquilache, el otro tema son los jesuitas. Los jesuitas aparecen, como no podía ser de otro modo, en casi todos los apartados relativos a las otras cuestiones, sobre todo en las referencias al regalismo y a América, pero los jesuitas reciben su particular atención en lo que se intitula la novena parte del libro, y lo es, pero que representa exactamente un tercio, medido en páginas, del contenido del texto. En este caso no son tanto los jesuitas antes como los jesuitas después del motín, es decir, se trata, sobre todo, de la expulsión. En una cuestión probablemente más estudiada que las otras, Andrés Gallego inserta brillantemente el proceso de expulsión en el contexto de la reimposición del poder real tras el motín y la progresiva evidencia, recogida por la subsiguiente investigación, de que los eclesiásticos habían estado detrás. Claro está que las pesquisas sobre los eclesiásticos en general pronto llevaron a la acusación concreta y específica contra los jesuitas. Es evidente que pruebas tangibles de que la congregación fuera la culpable no se encontraron, pero abundaron determinados indicios según los cuales fue fácil, a unos jueces secretos, visceralmente regalistas, a más de algo anticlericales, ofuscados y cínicos acusar a alguien contra quienes muchos también podían tener quejas, aunque de carácter muy variado. Una vez más América (a propósito de las misiones y del Sacramento) y Europa (expulsiones previas de los jesuitas en Portugal y en Francia), jugaron su papel en la última decisión. Resulta interesante el último capítulo sobre las consecuencias de la expulsión. Como siempre que se comete una grave injusticia, la situación que se crea es peor que la anterior, incluso vista ésta según el criterio negativo de los jueces.

El texto termina con un *post scriptum* que intenta retomar el tema del causante del motín. Son reflexiones muy interesantes que, en cualquier caso, nos dejan una vez más sin la suficiente luz sobre la autoría del disturbio y los mecanismos reales utilizados para su organización. Probablemente nunca tendremos pruebas fehacientes de ello; por lo demás, según lo visto, quizás la autoría específica no explique mucho más que esta gran *Fuenteovejuna* en la que todos fueron contra un ministro y unos pocos supieron echar la culpa en un sentido en el que también todos, o casi, aplaudirían sin saber bien por qué (o sabiéndolo).

José Andrés-Gallego es investigador en el Instituto de Historia de la Iglesia (C.S.I.C.). Ha trabajado en cuestiones como la religión popular y su impacto en los movimientos sociales desde el s. XVIII hasta nuestros días. Sus últimas obras son: *Un 98 distinto (restauración, desastre, regeneracionismo)* (1998); *Histoire religieuse de l'Espagne* (1998) (con A. Pazos); *La Iglesia en la España contemporánea* (1999) (con A. Pazos). También ha coordinado *La Historia de la Iglesia en España y el Mundo Hispano* (2001).

Agustín González Enciso